

Luego José vió brillar otro objeto que adivinó ser el cañón de una pistola; entonces el bizarro jóven, levantando la espada, se arrojó en plena luz con la punta adelante hácia el objeto luminoso. Una detonacion resonó en las bóvedas, y repitió el eco en todas las galerías. A esta detonacion siguió un ruido espantoso; la tierra se estremeció, y José cayó al suelo, como empujado por detrás, por el violento soplo de un huracan. No vió mas luz ni resplandor, nada mas que la noche inexorable y opaca, y espesas finieblas.

Se tentó por todas partes y no se sintió herido. Llegó, andando de rodillas, á una de las paredes de la sala, y dió la vuelta á tientas. Tocó los cofres con la mano, y conoció hallarse intactos; pero llegado al paraje donde estaba la puerta en otro tiempo, no encontró mas que un monton de escombros. Entonces se estremeció hasta la médula de los huesos.

— ¡Ah! exclamó, estoy perdido. Es la escalera que el con-tragolpe de la detonacion ha hecho desmoronarse; estoy emparedado en este calabozo.

XI

LA NOCHE.

José abandonó por entero las primeras horas al des-aliento. Además, su fatiga era extrema; ¿qué resorte puede conservar el alma cuando el cuerpo se abate? Permaneció tendido en el mismo sitio donde había sido derribado por la conmocion, y se dejó sumir con una especie de delicia en un profundo aletargamiento.

— ¿De qué sirve, decía, luchar? Héme aquí enterrado vivo, emparedado en esta tumba. ¿Cómo podré yo salir, cuando los que, en otro tiempo, mas fuertes, mas enérgicos que yo, y que además debían conocer las menores sinuosidades de estas grutas, no han encontrado ningún medio de librarse de la muerte que me está destinada? Pues bien, ¿que venga lo antes posible!

No fué la muerte quien vino, sino un sueño pesado sin visiones; ¿cuánto tiempo duró, una hora ó un día? José nunca lo ha sabido. Cuando se despertó se encontró en una oscuridad tan opaca, que no podía distinguir su mano, aun cuando con ella tocaba sus ojos. No se trataba de morir en esta hora, era menester salvarse; pero salvarse, ¿cómo? Lo importante desde luego era ver. A fuerza de buscar á tientas en el suelo, José acabó por volver á encontrar la vela, que había aplastado con su talon; pero por mas que batiera el eslabon, todos sus esfuerzos fueron vanos para encender la mecha, aplastada y empapada en el barro. Entonces, sirviéndose de las manos, de los piés, de las uñas como pudo, en fin, arrancó algunos pedazos de madera de los cofres, de los mosquetes, y acabó bien ó mal por cons-

truir una especie de brasero. Este foco sin llama (pues la madera estaba demasiado húmeda para poder arder) arrojaba no obstante una especie de resplandor que José reanimaba con su soplo continuamente.

En este trabajo empleó mucho tiempo; pero también, cuando la primera brasa apareció brillante en la noche como el ojo de un gato montés, ¡qué triunfo! Blandió esta antorcha primitiva, y su primer cuidado fué inspeccionar minuciosamente las paredes de su tumba; en ninguna parte encontró el rastro de una puerta, de un pasaje cualquiera. No le quedaba evidentemente mas que un recurso: limpiar los escombros; un trabajo que hubiera pedido varios días á un hombre de menos vigor que el de José. Sin embargo, no desesperó de concluirlo.

Ahora que casi veía (sus ojos se habían habituado á la oscuridad, y la luz sorda del brasero le bastaba), su trabajo se hacia fácil, aunque el humo le incomodaba mucho. Se fabricó una herramienta con un trozo de puñal y demolió enteramente uno de los cofres para alimentar su hoguera.

Hecho esto, José se dedicó á hacer un derribo: había quedado un hueco en la parte superior de la puerta. Hácia este paraje dirigió sus primeros esfuerzos. Se había construido como pudo, con una de las espesas tablas de encina de los cofres, una especie de palanca balancin, y con este auxilio hacia volar una á una las piedras hácia el otro lado, las cuales, cayendo en el vacío, rebotaban de roca en roca con un ruido espantoso.

Este trabajo le ocupó muchas horas. No sentía la fatiga, pero el hambre, y la sed, sobre todo, le atormentaban horriblemente. Por fortuna, le quedaba un pequeño frasco de aguardiente de grano, de que se había provisto en Mont-bron; bebía una gota de tiempo en tiempo, y eso le daba un vigor ficticio; pero, el frasco agotándose rápidamente, era menester economizarlo.

Por otra parte, el humo del brasero, — aunque la abertura ya practicada fuera mas que suficiente para dejarle escapar, — aturdió á José; las sienes y el corazón mismo latían con violencia; de minuto en minuto le era menester pasar la cabeza por la brecha ya libre y respirar á plenos pulmones el aire exterior.

Esta brecha era todavía demasiado estrecha para dejar salir los hombros. Una sola piedra, una piedra enorme, un escalon entero de la escalera, la cerraba. Quitada esta piedra, José podría de nuevo penetrar en las grutas, volver á tomar á la inversa el camino ya recorrido, salvarse quizás. Durante horas que le parecieron meses, José se encarnizó contra esta piedra, que se meneaba como un diente medio desarraigado; la hacia mover con su palanca, la empujaba con su espalda, ganando un milímetro cada hora; por último, se inclinó, y con un postrer esfuerzo de José, cayó haciendo un ruido de trueno.

Esta vez José se creyó salvado, y, arrodillándose, dió gracias al Señor. El aire puro, el aire sano de las cuevas (¿qué aire no le hubiera parecido sano y puro comparado á esa atmósfera cargada de humo que respiraba durante siglos?) aturdió á José. Se tambaleaba como un hombre ébrio. No

había comido nada, ni bebido hacia mas de treinta y seis horas, excepto algunas raras gotas de aguardiente. Vació de un solo trago todo lo que quedaba en el frasquillo, cogió uno de los tizones, y, animándolo y removiéndolo rápidamente en el aire, fué á inspeccionar el estrago que la detonacion de la pistola había producido en el exterior.

Este estrago era enorme: las piedras, antes ya desunidas y súbitamente conmovidas, se habían precipitado unas sobre otras como una avalancha. La caja de la escalera quedaba sola abierta, vacía, semejante á un pozo, con algunos fragmentos saliendo acá y allá, como los dientes de una quijada rota.

Por este camino aventurado era menester bajar.

Cualquiera peligro que pudiese ofrecer semejante vía, no había que vacilar. José, que conocía ahora los obstáculos de su tentativa desesperada, se colocó en derredor de los riñones algunas de las astillas obtenidas de la madera de los cofres y de las culatas de los mosquetes, para hacerse, en caso necesario, nuevos braseros; y asiendo como una antorcha el tizon mas inflamado, emprendió valerosamente su peligroso descenso.

Encontró la tarea mas fácil de lo que había creído al principio. Algunas piedras se desplomaban de vez en cuando con su peso; pero iba con prudencia, y no apoyaba el pié en ninguna antes de haberla ensayado varias veces; así, agarrándose con una mano á la piedra que acababa de dejar su pié, blandiendo con la otra su tizon, al cual hacia conservar su brillo agitándolo sobre su cabeza, iba bajando poco á poco.

Una nueva decepcion le esperaba abajo. El desmoronamiento había obstruido el paso, como arriba había cerrado la puerta del cuarto del tesoro. Es verdad que José hubiera podido desembarazarlo de la misma manera; pero, además de que tan largo trabajo, en el estado de debilidad en que se encontraba, le parecía impracticable, le hubiera sido menester volver á subir arriba en busca de las herramientas que había dejado, hallándolas demasiado embarazosas. Así, prefirió meterse valerosamente en lo desconocido y tentar fortuna, invocando á la divina Providencia.

Erraba á esta hora, sin guía, sin hilo de Ariadna, sin antorcha, en las partes mas inexplorables de las grutas. Los corredores sucedían á los corredores, entrecruzándose en todos sentidos. De distancia en distancia, José encendía su hoguera, y con la extremidad carbonosa de los tizones apagados, marcaba puntos de señales en las paredes, virgenes de toda huella humana. Llegó así á una sala ilimitada, un desierto de silencio y de sombra. Primeramente, creyó que una buena fortuna le había conducido á la nave; pero vanamente buscó el monolito. Se metió en uno de los corredores y desde los primeros pasos encontró una de sus marcas; volvió á la gruta: se internó por otro corredor y de nuevo volvió á distinguir en la pared una cruz grosera, una de las cruces que acababa de marcar él mismo. Así no hacia mas que girar siempre en el mismo círculo, como un caballo ciego en torno de una noria.

Entonces, apoderándose de su ánimo un grande des-

aliento, y como dominado por un vértigo de locura, con un movimiento colérico, arrojó á lo lejos su blandon inflamado, y echándose en el suelo exclamó:

— ¡Aquí es donde voy á morir!

Había hablado alto. Su voz resonó lúgubrementé bajo las bóvedas, como un toque de campana á muerte, y esto le causó miedo. Le hizo el efecto de una voz del otro mundo... y á este terror sucedió un entorpecimiento enorme. Estaba tendido en una cama de arena fina y seca, y se encontraba bien; pero como ya no tenía la menor nocion del tiempo, quizás lo que le pareció un día contenía apenas el espacio de algunas horas. El dolor le hizo despertarse. Su lengua reseca, entumecida, se pegaba al paladar, sus labios le parecían carbones ardientes, y hubiera dado los ojos de su cara por una gota de agua.

Estaba tendido á lo largo, puesto de costado, con la mejilla contra la tierra, esperando la muerte. Se durmió de nuevo, pero esta vez su sueño fué agitado y lleno de ensueños; eran manantiales que brotaban de los valles, cascadas, mares, ilusiones habituales de los viajeros á quienes la sed abrasa en medio del desierto, especie de vision óptica de los que va á sofocar.

Estos manantiales, él los veía, los tocaba, oía distintamente su murmullo encantador; pero en cuanto se acercaba, ellos huían como de los labios de Tántalo las aguas deseadas del Leteo.

Ya no dormía y creía que su sueño duraba todavía. Este bienaventurado murmullo de un arroyo corriendo entre guijarros finos, lo oía siempre.

Arrastrándose se adelantó hasta él para no cesar un solo minuto de oírlo, y á medida que se acercaba, el ruido se hacia mas sensible. — ¡Oh! ¡no era ya un sueño! había allí, muy cerca, á cien pasos, á veinte, á diez quizás, un agua corriente, y José, resucitado á medias por esta esperanza, pensaba:

— ¡Podré morir cuando haya bebido!

Si, el agua corriente estaba allí, y José sumergía con delicia en ella sus manos, sus piés, su frente. Bebió de ella con abundancia y ningún brebaje le pareció mas delicioso que esta agua subterránea, que jamás había calentado la luz del sol, que jamás labio de hombre había tocado.

José era uno de esos valientes á quienes ninguna derrota desalienta; uno de esos obstinados á quienes la menor ventaja anima.

Por tercera vez, desde que había entrado en estas cuevas siniestras, se dijo:

— ¡No quiero morir!

Por tercera vez se enderezó y se puso en marcha.

Al cabo de unos veinte pasos se detuvo, luego volvió atrás. — Iba hácia arriba, un sencillo razonamiento le invitó á descender hácia abajo.

La cascada de agua superior, donde él vió que el arroyo tomaba su origen, debía estar evidentemente al nivel de las aguas de la Tardouère. Por lo tanto, remontándolo, lo vería dividirse, perderse en las infiltraciones de las arenas, y desde entonces este riachuelo, su solo guía, no existiendo

ya, se expondría á extraviarse de nuevo en el dédalo de las galerías superiores. Siguiendo su corriente, al contrario, le quedaba una probabilidad de salvacion, la de llegar á su origen exterior ó encontrar en el camino una galería lateral que atravesase directamente la montaña.

Y en efecto, la corriente de agua que José sospechó ser el Touvre, que sale de tierra á cinco leguas mas lejos, abundante como un rio caudaloso, se ensanchaba sin cesar. Solamente por el ruido podia José darse cuenta de ello, pues, en su acceso de demencia, se habia privado de todo medio de construirse un nuevo fanal. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, este ruido se hizo tan sonoro, que llenaba las bóvedas con una especie de mugido. Al mismo tiempo se vislumbraba cierto resplandor pálido que venia de arriba. Luego el mugido se convirtió en trueno y el resplandor en luz. José pudo distinguir entonces los objetos que le rodeaban en la penumbra. La galería se iba estrechando cada vez mas, y apenas dejaba paso al rio, y á una altura prodigiosa se dejaba ver en la bóveda un punto azul: — ¡el cielo!

Debajo estaba la sima, la sima insondable donde la cascada se precipitaba con furor. — No hay otra salida mas que por arriba. Abajo la muerte, arriba la salvacion.

Sí, allí arriba brillaba el sol, los pájaros cantaban, la brisa charlaba en las hojas de las encinas; ¡esto era la vida! Abajo era el reino del espanto, los remolinos siniestros del agua negra en los torbellinos, los rugidos de las cascadas en los recodos de las grutas. Esto ¡era la muerte!

¡Ah! ¡si José hubiese tenido alas! — Pero ¿cómo subir hacia ese azul del cielo? — ¡Ver la salvacion tan cerca y no poder alcanzarla!... — Decirse: Estoy tocándola; y al mismo tiempo exclamar: ¡Estoy perdido!...

¡Pues bien, no! José no se dió por vencido. Caminando con piés y manos como un gato montés, intentó trepar las rocas. El menor paso falso podia precipitarle á la sima, ¡tanto mejor! decia José. Morir así seria mejor que morir de hambre y de rabia.

Esta energía desesperada ¿dió mas fortaleza á sus plantas y mas firmeza á sus puños? El hecho es que llegó á una especie de plataforma donde le fué fácil reposarse. No habia ganado mas que diez pasos. La mancha clara, la mancha azul, le parecia siempre tan lejana; ¡pero habia ganado diez pasos!

Habia ganado mas; algunas yerbas silvestres, — á las yerbas como á los hombres les es menester el aire y la luz para vivir, — habian brotado en los intersticios de la roca. José arrancó muchos puñados y satisfizo su hambre con afán; esta comida de salvaje le dió fuerzas, y con un ardor nuevo continuó la ascension. Las rocas se escalonaban unas sobre otras, entrelazándose indistintamente como los dientes de dos llaves cruzadas. De tiempo en tiempo formaban una plataforma bastante ancha para que pudiera pararse, luego se elevaban á pico, tan lisas como una muralla de cristal, y entonces tenia que brincar por encima de la sima, por fortuna muy estrecha, para encontrar al otro lado un acceso mas fácil.

Un hombre de espíritu sereno, aun el mas diestro de los

acróbatas, se hubiese detenido mas de cien veces; pero José no calculaba ya, estaba loco; y ¡qué fuerza, qué agilidad da á los músculos este instinto primordial de la conservacion!

Sus dedos eran de hierro, de acero sus jarreles; sus manos empuñaban mas duramente que tenazas, sus ojos calculaban con una mirada las distancias con exactitud matemática. No era ya un hombre, era un ser saltarin, pegajoso y tenaz que se adheria á todo, como si cada uno de los poros de su piel hubiese formado una ventosa.

Y por momentos la mancha azulada se agrandaba aproximándose. Poco há no era mas que un punto apenas perceptible, y ahora aparecia grande como un pañuelo, — como una servilleta, — como una sábana, — y á medida que la luz aumentaba, el aire se hacia mas vivo, y los rumores del abismo se disminuian. Hace una hora, el ruido era como el de un huracan, ahora no es mas que un murmullo.

José no tenia ya necesidad de escalar mas que unos veinte piés.

Encima de él una voz cantaba, — la de un leñador, — y los vibrantes sonidos de su cancion alternaban con los chasquidos del hacha en el tronco del árbol.

— ¡A mí! ¡á mí! gritó José.

Pero nadie respondió á su grito desesperado. El hacha pesada volvió á caer, alternando con la voz.

— ¡Socorro! ¡socorro! gritó José por segunda vez.

El hacha continuaba siempre su obra destructora, alternando con la voz del que la manejaba.

— ¡Ah! pensó José midiendo con la vista la muralla á pico que le separaba de la salvacion. Estoy perdido, no me oye.

Y el leñador continuaba.

¡Otro hachazo! La voz calló. Se oyó un crujido formidable; entre él y el cielo, José vió interponerse una gran masa oscura. La encina gigantesca se inclinó y cubrió todo el precipicio con sus ramas y follaje, y poco faltó para no hacer precipitar al pobre jóven hacia el abismo; pero lo que habria podido ser su perdicion fué su salvacion. Se asió desesperadamente á las ramas mas altas que llegaban hasta él. Habia tenido la precaucion de reunir las en un manajo, y, por débiles que fuesen, le sostuvieron. Así llegó á una de las principales ramas, luego al tronco, y, ayudándose con las uñas, los talones y las rodillas, trepó hasta el borde de la sima.

El leñador, apoyado en el mango de su hacha, contemplaba melancólicamente su obra. Estuvo próximo á huir al ver salir del abismo un ser casi fantástico, pálido como un cadáver, flaco como un esqueleto, siniestro como un fantasma.

José dió algunos pasos vacilantes; extendió los brazos como para volver á tomar su equilibrio, y cayó tan largo como era sobre el musgo verde.

Cuando volvió en sí, vió un rostro lleno de compasion y de simpatía, un rostro jóven, inclinado sobre el suyo y espiando su primer respiro.

El leñador le habia levantado la cabeza sobre una almohada de musgo, le habia cubierto con su chaqueta y con su

blusa, y, en fin, arrodillado á su lado, trataba en vano de hacer penetrar entre sus dientes apretados algunas gotas del contenido de su calabaza.

— ¡Gracias! murmuró José.

— ¡Bueno! ¡bueno! respondió el leñador. Ya os repondreis, chiquito; pero ¡bien podeis jactaros de venir de lejos! ¿Y de dónde y por dónde? ¡buen Dios! ¡Cuánto habreis sufrido y pasado para salir de ese agujero del diablo!

— ¿Dónde estoy? preguntó José.

— ¿Dónde? dijo el otro. ¡En Brancone, pues! y cerca de la Huesa movediza, cuyo fondo nadie conoce. El año último, un guarda quiso bajar á ella; ¡pero qué! Se desarrollaba cuerda tanto y mas. El padre Al Acecho veia allí poco menos que en la boca de un horno, luego oyó en el fondo alguna cosa que roncaba, roncaba como una gruesa bestia. Tuvo tal miedo, que muy pronto gritó para que le retirasen de prisa y corriendo, y hé ahora que salis de ese infernal agujero como si fuéis un murciélago y no un cristiano!... ¡Bueno! ¡bueno! camarada, añadió vivamente, al ver que José queria hablar, me explicareis eso mas tarde: ¡por el momento descansad!

— Tengo hambre, dijo José.

— ¡Es justo! ¡Qué inocente y olvidadizo soy! ¡No debe haber buen figon en casa del diablo del infierno!... ¡Pobre mozo, qué pálido está!...

El excelente jóven fué á su zurrón y trajo un pedazo de pan de centeno y algunas nueces.

José miraba con ansiedad estos groseros alimentos.

— ¡Como me llamo Clemente, dijo admirado el leñador, viendo cómo los devoraba José, se diria que no ha comido hace ocho dias! ¡Paciencia! ¡paciencia! ¡vamos poco á poco! Si hemos casi resucitado de entre los muertos, como dice el señor cura, — y Dios me condene si no preferiria yo estar bien enterrado en el cementerio que metido en el fondo de ese hueco, — no es una razon para atragantarnos como un pato que no tiene agua despues de su pitanza. Bocado á bocado, querido chiquito; no comamos el pan de trigo antes de la borona de maíz, como se dice entre nosotros, ni el guisado antes de las castañas... ¡Bueno! ¡bueno! ¡Pepito! Ahora un buen trago de sidra encima y no pensar mas en eso.

José se sonreia dulcemente al escuchar la parla del honrado Clemente, su nuevo y buen amigo. Pero terminada su comida, trató en balde de enderezarse. Todo lo que pudo hacer fué apoyarse sobre el codo, y todavia no estuvo mucho tiempo en esta postura; volvió á caer en su lecho de musgo y su vista se turbó: una gran nube parda, flotando como ese vapor espeso de aire caliente que rodea los braseros se interpuso entre sus ojos y el cielo. Los objetos se hicieron temblorosos, confusos, rodeados de un reborde del color de iris, en fin, negros como la tinta. Una angustia súbita torció sus entrañas, sofocó su pecho, apretó sus hijares. El aire faltó á sus pulmones.

Se desvaneció.

XII

UNA CAUSA CÉLEBRE.

En aquella época, toda la Francia estaba conmovida con motivo de un proceso criminal escandaloso que se estaba instruyendo en la audiencia de Limoges.

Una mujer distinguida por su talento y su belleza, perteneciente por su nacimiento á una de las familias mas recomendables de la clase media, emparentada por su casamiento con algunos de los mas grandes nombres de la alta nobleza de Francia, la condesa Elena de Quisran-Rancogne, cuyo nombre de familia era Elena de Roumieux, comparecia ante el tribunal de los asises acusada de haber envenenado á su esposo.

Este crimen nada lo excusaba.

El conde Jorge habia sido constantemente para ella, como ella lo manifestaba por libre confesion, el mejor de los maridos, el indulgente y mas tierno de los esposos.

¿Qué razon pues habia podido inducir á esa desventurada á cometer un acto tan odioso, tan infame, y que no hubiese podido encontrar alguna atenuacion sino en razon de haber sufrido un largo tormento ó crueles contrariedades?

Esta razon se la decian todos muy bajito.

Se hablaba de dos hermanos desunidos por un amor comun, de una violenta pasion á la cual la existencia del conde Jorge oponia obstáculo.

Esta pasion, la acusada la confesaba con candor, si bien protestando de su inocencia.

Pero confesada esta pasion, el móvil llegaba á ser demasiado evidente para que fuese posible dar asenso á denegaciones que ninguna prueba apoyaba.

No obstante, algunas personas respondian de la virtud de la condesa Elena con un ardor tan comunicativo que los mas escépticos vacilaban.

En primer término, su camarera Rosa, que no habia consentido en dejarla ni separarse jamás de ella, y á quien la compasion del juez de instruccion le habia permitido acompañarla en su prision.

Era aun el honorable Hércules Champion, su primo, quien, durante largos años, habia vivido en la intimidad del jóven matrimonio, y negaba absolutamente la existencia de todo crimen.

Era en fin toda una poblacion de obreros, todos los empleados, todos los peones de Noirmont de los Hornillos, que declaraban que la señora era una santa.

Ademas, la situacion conmovedora y patética de la acusada, madre apenas hacia un mes, predisponia en su favor el instinto benévolo del público.

Pero, en contra, los cargos que se hacian contra ella eran tan abrumadores, que parecia dificultoso destruirlos.